

JUAN SANTAMARIA ANSA

Hoy damos paso a un poeta de la escuela rubeniana, D. Juan Santamaría Ansa que ha sabido captar las esencias más finas y las formas mejor perfiladas del gran maestro de la poesía hispana, de fines del pasado siglo.

IN MEMORIAM

Al poeta donostiarra Manuel de Munoa, autor de "Esculturas de niebla" y de "Viejos motivos".

Porque, al leer sus versos, todo el aire se puebla, como en los Eddas nórdicos, de "esculturas de niebla" y se oyen los románticos acordes redivivos —antiguos y nostálgicos— de sus "viejos motivos", hoy, cerca de su tumba, decir quiero una loa en recuerdo y elogio de Manuel de Munoa.

Era pálido y rubio, de grandes ojos claros que tenían un fondo de ingenuidad y ensueño; su rostro destacaba su perfil marfileño cual medallón de un plinto, sobre el mármol de Paros; su ademán era tímido, noble y sentimental, y en su vida y sus obras, serenas y seguras, se mostró enamorado de su ciudad natal a la que hizo la ofrenda de sus rimas más puras.

Escuchaba en sus ámbitos, con el mar a sus pies, "los ecos de la música dormida de las cosas"; la espiritualizaba como un místico, pues "más que el color se aprecia el perfume de las rosas"; Y su verso vibraba noble, sencillo y grato —sereno y fiel reflejo de su mundo interior— digno de ser leído con íntimo recato por haber sido escrito con íntimo fervor.

Ya su espíritu habita las regiones supremas donde es música el verso y el alma caridad, y aun suenan, como dulces ecos de sus poemas, los vientos y las olas que arrullan su ciudad.

MELANCOLIA

Cuando se va apagando el día
me roza el ala del recuerdo
y —como en un sueño— me pierdo
en una rara fantasía.

No es ni tristeza ni alegría,
liviano afán ni anhelo cuerdo,
dolor ni amor... Cuanto recuerdo
es sólo ya melancolía.

Torno a vivir las emociones
de pesadumbres o ilusiones
que no creía conservar,

y me desligo del presente,
proa al pasado, suavemente,
como un navío sobre el mar.

CEMENTERIO DE ALDEA

Sólo una cruz de palo
sobre la tierra seca...

¿Y qué más da?

Yo sé la breve historia
de toda su existencia:
amó, sufrió, murió, y ahora su cuerpo
retorna al seno de la Madre Tierra.

Sólo una cruz de palo,
y allá arriba, sobre ella,
la luz del Sol, las sombras de las nubes,
o el pálido fulgor de las estrellas...

Sobre las pobres cosas transitorias
el constante latir de las eternas.

CAMPANAS

Hay campanas antiguas de almas sentimentales
que no parecen hechas con inertes metales.
Se albergan en románicos campanarios rurales
o en las góticas torres de viejas catedrales.

Sus voces son cascadas, pero plenas de encanto;
están, tal vez, cansadas de haber sonado tanto;
suelen echarse a vuelo en algún día santo,
pero en sus campanadas siempre hay algo de llanto.

Han sido pregoneras de sucesos diversos
en los prósperos días y en los días adversos,
y han llenado la Tierra con sus ecos dispersos
que aún laten en el aire con un rumor de versos.

Cuando solemnemente dejan oír sus sonos
se adormece en las almas la voz de las pasiones,
y al místico conjuro de sus modulaciones
se oye la voz eterna de otras generaciones.

Todo lo envuelve un vago, profundo misticismo;
se abre ante nuestros ojos todo el inmenso abismo;
se percibe que el tiempo solo es un espejismo,
y habla el Sabio, diciendo: "Todo es uno y lo mismo".

ANTROPOS

A mi hermano Carlos.

Antropos, dueño despótico de todo el ecúmeno,
de cinco continentes y de siete océanos,
Rey manchado de sangre, sucio aún del sudor y del polvo
de las fieras batallas,
se ha sentado ante el mar, sobre el lomo de la gran cordillera
y, a solas, medita,
con la triste mirada clavada en el turbio horizonte.

Las edades remotas geológicas mitos despiertan
en su mente cansada.
Mnemosine, la hija de Urano, en sus diáfanos velos le envuelve,
y los siglos pasados, espectrales, impávidos, fríos,
resucitan y alientan en borrosas visiones de historia.

Se ve joven y fuerte, persiguiendo en las selvas la caza
—Meleagro que busca la huella del feroz jabalí de Artemisa—
o en la fresca ribera, desbastando los troncos robustos
para domar las olas con su frágil eskuife.
Se ve —Heracles— dominando al león y a la hidra.
Domestica a la oveja, y a la vaca y al perro.
Y un día glorioso, cabalgando en un potro salvaje
—Perseo desnudo que Pegaso, domado, soporta—
se hace hermano del viento
y da al cielo su grito de victoria, estentóreo y profundo.

Capta el fuego que devasta insaciable los bosques ingentes
—Prometeo maldito que los dioses castigan a eterno tormento—
y en esclavo lo vuelve.
Fundes el cobre y el hierro, y da temple a sus armas de muerte.
¡Abra, siembra y cosecha, hila y teje.
Abandona la oscura caverna
donde un día, troglodita vecino del oso,
habitara cubierto de pieles,
y construye, y levanta ciudades, portentosas columnas,
arcos, pórticos, bóvedas, maravillas de cúpulas,
y en el mármol augusto talla estatuas y esculpe leyendas
y en las tablas de bronce deja escritas sus leyes.

Nuevo Atlante, gravitan cien siglos abrumando sus anchas espaldas
mas no mengua el vigor de sus músculos
ni el calor de su sangre
y es más grande que nunca la soberbia ambición de su mente.
Se hace entonces filósofo, y mira con desdén sus pasados trabajos;
es Pitágoras, Gorgias o Sócrates, Platón o Aristóteles;
medita, especula y aunque cien veces quiebra sus alas
contra el cristal cuajado de la esfera celeste
otras cien acomete con ímpetu la misma tarea...

Mas los siglos que pasan van dejándole un peso en el alma;
un vacío interior le remuerde y un pesar inefable le angustia
—dolorido pesar— que en sus labios pone muecas escépticas
y que marca su frente con hondas arrugas
como marca la gleba la fatiga del genial Triptolemo
entrebriendo los surcos que un vaho tibio desprenden
Y la duda, la duda terrible,
se alza entonces del fondo de su alma;
el por qué y para qué de las cosas; su origen y fin...

Como Sísifo

sube a rastras la falda del monte mas no llega a la cima
porque siempre el peñasco, rodando, se sepulta en el seno profundo.
La imprecación que lanza no conmueve los dioses,
y de nuevo sus brazos se aferran al peñasco y sus plantas al suelo...
Y así eternamente.

Y hoy tus hijos, oh dueño despótico de todo el ecúmeno,
señor de los mares y los continentes, señor de los aires,
Antropos augusto,
hoy tus hijos que quisieron ser libres
—Titanes vencidos por Zeus— en el fondo del Tártaro gimen
empapando su sangre tu imperio como en un sacrificio de arúspices,
mas el viejo Destino guarda silencio siempre.

Eufrosina, Talía y Aglaia,
las tres Gracias puras, de alba túnica y de rostros serenos,
han huído del mundo.

Tu indómita raza que exploró la doctrina esotérica
no alcanzará la dicha que buscaba tu orgullo.
Y por ello ante el mar, sobre el lomo de la gran cordillera,
Antropos, meditas a solas,
con la triste mirada clavada en el turbio horizonte.
Y los dioses, impávidos, te contemplan y no se conmueven.

LA BUHARDILLA

La buhardilla se empina sobre las tejas pardas
y mira con el ojo de su ventana tuerta,
como gorrión ahíto que, subido a las bardas,
lanzase displicentes miradas a la huerta.

Ve el gran mar de tejados, descolorido y turbio,
de donde emergen torres, cúpulas y rotondas,
y —al fondo— chimeneas y masas del suburbio
que cubren humos grises y albas nubes redondas.

Es todo ello prosaico, desabrido y vulgar
pero ante la ventana, con alegres colores
que hace fulgir la gracia de un destello solar,
hay un grupo de tiestos rebosantes de flores.

Y la buhardilla —sabía como una buena anciana—
dice así su sentir poético y sincero:
“No busquéis la ventura yendo a tierra lejana;
la hallaréis a la sombra de vuestro propio alero”.